

Cuentos de la Patria¹

Tales of the Motherland

Por Orlando Montoya Moreno²

Tengo el inmerecido honor y el ineludible compromiso de referirme a la obra *Cuentos de la Patria*. Sus autores, los hermanos Socorro Inés y Juan Guillermo Restrepo Restrepo, cuya amistad sincera unieron a mi vida en los asientos perillustres de esta Academia, constituyen, en el justo precio de los acendrados afectos, uno de los más caros regalos que la existencia me prodigó.

Ambos hermanos cultivaron, como nadie, la historia patria; convirtieron su casa en biblioteca y museo; estudiaron con respeto sublime a los forjadores de nuestra república; integraron con entusiasmo la Sociedad Bolivariana de Antioquia, a cuyo impulso contribuyeron con frecuentes publicaciones y conferencias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar, personaje que fue no la única, pero sí la principal línea de sus investigaciones. Ambos también ingresaron a esta Academia Antioqueña de Historia acreciendo el manajo de historiadores que, enlazados genealógicamente entre sí, parecieran demostrar que hay familias portadoras de la pasión por la historia como si se les trasmitiera entretejida en los hilos genéticos desde sus ancestros.

Don Juan Guillermo, a cuyo lado siempre me sentaba en este claustro y compartíamos pareceres, pasó a la eternidad el 17 de mayo de 2012, luego de entregar lo mejor de su talento y capacidad a esta Academia. Conocía con detalles la historia de esta institución, fue el curador de su biblioteca, el celoso

1 Pronunciado el 26 de julio de 2018, en el Auditorio Manuel Uribe Ángel de la Academia Antioqueña de Historia, en la presentación del libro así intitulado, escrito por los hermanos Socorro Inés y Juan Guillermo Restrepo Restrepo, ceremonia en la que también, de este último, se descubrió su retrato al óleo confeccionado por el pintor Juan Múnera Ochoa.

2 Odontólogo y abogado. Autor de numerosas obras, varias de ellas referidas a la vida del municipio de Yarumal, localidad de cuyo Centro de Historia es miembro fundador. Obra referencial suya es *Genealogía de los sillones de número de la Academia Antioqueña de Historia*, institución en la que él ocupa la emblemática silla 1.

vigía de la pinacoteca y de todas aquellas piezas que ostentan valor de interés patrimonial o museográfico, con las cuales —mes tras mes—, preparaba con ahínco y dedicación una interesante exposición acorde a una de las efemérides del periodo. Por feliz coincidencia con la presentación de *Cuentos de la Patria*, don Juan Guillermo hace reingreso hoy a este recinto, para memoria perenne, a través de su retrato. Dejo entonces, en este punto toda referencia a su persona, porque una voz más autorizada se ocupó de él, en el preciso momento.

Doña Socorro Inés representa la primera mujer —y hasta el momento la única— que ha regentado los destinos de esta Academia con el honroso cargo de presidenta de la institución, amén de haberle servido con denodado empeño como sabia secretaria, y en otras funciones, que me ahorro en reseñar, porque para el caso, interesa destacar lo que la historia reciente no siempre conoce ni registra y si alguien no lo cuenta en este aquí y ahora, quizá corra el riesgo de hundirse en el olvido de la memoria y se confundan olvido con no existencia, historia con no historia, anamnesis con amnesia.

Doña Socorrito, esta mujer que reluce por su sapiencia, su prudencia y discreción, por su talante de intelectual íntegra, además de encarnar la mujer educadora, formadora de muchas generaciones que la recuerdan con cariño y veneración porque les enseñó a aprehender la vida, a pensarla, a cuestionarla, a transformar el conocimiento para servicio del hombre y de la sociedad, testimonio que hemos escuchado de viva voz de parte de sus discípulas que la han acompañado en distintos momentos y, de manera especial, en torno a su egregio arribo a la dirigencia exitosa de esta corporación.

Y debo confesar que valorar su asunción al cargo de presidenta de la Academia Antioqueña de Historia no es solo significativo por el hito ya referido de haber sido la primera mujer en una institución más que centenaria, sino por sus logros, entre los cuales, como ya mencioné, de seguro hay uno que no queda en actas ni en documento alguno, ni en cuentas ni en informes de balances: que el periodo en el cual ella asumió la presidencia era un tiempo signado por trances difíciles de sortear, un tiempo que requería de una persona con muy especiales atributos, que supiera ser capitán y timonel en medio de una mar bravía, cuyas olas pegaban con fuerza en las playas que ya se avizoraban desiertas, que chocaban contra un barco con quilla rota del cual sus tripulantes

zarparon en el primer puerto, mientras los demás pasajeros permanecíamos en consternado silencio y confusión sintiendo a la redonda solo agua salobre.

Esta metáfora me evita extenderme en descripciones, pero me es útil para estremecerlos con la turbulencia de las olas y de los vientos, y eso me basta para que entendamos que, en el panorama de entonces, ser presidente implicaba cualidades muy diferentes a las de otras circunstancias difíciles —que por cierto, también las hubo—, pero en este caso representaba jugarse el todo por el todo, salvar lo insalvable y echarse al hombro el naufragio impostergable o la titánica tarea de preservar con vida, por muchos años más, el legado de egregios hombres que nos antecedieron en esta, originariamente denominada, Academia Departamental de Historia Nacional, la segunda en su género más antigua del país, solo superada por la Academia Nacional de Historia.

Voy a ser infidente. La historia necesita muchas veces sincerarse y para ello no se requiere de permisos. Espero, desde luego, no traicionar la reserva que con sigilo guarda mi buen amigo y compañero José Nevardo García Giraldo, quien por entonces fungía como presidente interino de la Academia Antioqueña de Historia, mientras los del barco implorábamos al cielo acercarnos a alguna isla, así fuera al sortilegio de la lejana ínsula Baratara del Quijote de Cervantes, en Alcalá de Ebro. Por entonces cifrábamos la esperanza de encontrar una Dulcinea.

Permítaseme traer aquí, como en retazos escritos de una historia novelada, un símil que confecciono con extractos del ingenioso Hidalgo y de su célebre escudero, porque algo hubo en común entre el nombramiento de Sancho Panza como gobernador de Baratara y el nombramiento de doña Socorro Inés en la Presidencia de la Academia. Dice Cervantes que con tal motivo

tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios y luego (...) le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador (...).

A diferencia de la plena alegría de los habitantes de la ínsula, aquí hubo algunos dejos de preocupación. Para esclarecerlo debo revelar en este punto la infidencia: la noche de su elección, don José Nevardo me escribió por correo electrónico:

Como te diste cuenta (...) valerosamente, doña Socorro aceptó.

Te confieso que me quedé muy preocupado y hasta triste, viendo el valor de esta señora que (...) fue capaz de enfrentar los retos de este cargo. Pues, no sé si esto sea como colocarle una cruz a un Nazareno.

Y yo respondí al siguiente día:

Indiscutiblemente estamos ante un momento difícil pero igualmente grande. El tiempo y la historia se encargarán de demostrar que el esfuerzo no ha sido en vano, (...). Quizá hayan sido muy grandes muchos que estuvieron dirigiendo los destinos de la Academia en el pasado, pero solo circunstancias como estas permiten entender quiénes son los hombres y mujeres realmente de talla. Las dificultades son también oportunidades para crecer. Ya lo decía un pensador: "Toda adversidad es la semilla de un beneficio equivalente".

La aceptación de Socorrito a la Presidencia de la Academia en estos momentos angustiosos pareciera, de lejos, que sería ponerle una cruz a un nazareno, pero no: veo más bien la imagen de un Cristo en su papel redentor, de un Cristo capaz de llevar la cruz por el camino del calvario, sin desfallecer. Ella nos ha dado una muestra sublime de cuánto quiere a esta más que centenaria institución; ella es más fuerte que los fuertes. Mientras muchos salieron corriendo despavoridos cuando el toro aún no había bramado en la arena de la plaza, esta mujer con la bravura del prócer que tanto ama desvainó su espada, miró desde el auditorio al cielo, y conmovida puso su pecho de guerrera, de Amazonas, de insigne heroína de la historia, para no permitir que el sueño de quienes nos antecedieron claudicara. ¡Vaya una entrega y un sacrificio más grandes! ¡Es ejemplo digno de imitar!

Esa es otra forma de contar la historia, así como *Cuentos de la Patria* es otra forma de llevar la historia de una nación a una generación de colombianos que tuvieron la desventura de nacer y crecer en el desarraigo de una educación adversa que retiró del plan de estudios oficial la enseñanza de la Historia y, con ello, desterró al olvido las páginas gloriosas de quienes nos precedieron, mutiló los hitos que debíamos conocer para sentirnos orgullosos y sembró en surco —así abonado— la semilla de la falta del sentido de pertenencia por una patria, el desconocimiento de su esencia y de sus valores patrimoniales y culturales, factores que llevan no solo al desencanto, sino también a la indiferencia, la insolidaridad y al conflicto.

Leer *Cuentos de la Patria* conlleva reflexionar sobre el sentido de la historia, para qué estudiarla, a quién, qué y cómo contarla. Sabrán disculpar que no pueda plasmar en letras ni en oraciones su aquilatado valor, pues siempre resultarán exiguas todas mis expresiones ante la grandeza intelectual, pedagógica e histórica que representa la obra que hoy nos congrega. Tengan por créditos de mejor factura el hecho de que la Academia Antioqueña de Historia

la haya seleccionado para su publicación, y que en reunión de varias academias de historia, en la que se enfrentaba el inconmensurable reto de pensar cómo celebrar en el próximo año 2019 el bicentenario de la batalla de Boyacá, se hubiera escuchado de labios de uno de los altos dignatarios de la Academia Colombiana de Historia, que este libro merecía tener una difusión nacional, para que estuviera al alcance de todos los niños de Colombia.

Precisamente en niños y para niños se inspiró la obra. Los autores escribían semanalmente un cuento de la patria a dos sobrinos nietos residentes en Estados Unidos, como ellos mismos lo expresan: "Ausentes en la distancia, presentes en el corazón", "Y con ellos, a todos los sobrinos", "y en ellos a todos los niños de la familia". Y así, la obra que nació como epístolas familiares, como una correspondencia privada despachada con regular constancia, hoy llega —convertida en públicas lecciones de historia— a las páginas de un libro impreso y a los exquisitos anaqueles de las bibliotecas para hacerla extensiva a todos los niños de Colombia y a los adultos que se propongan enseñarla a los infantes, convencidos de la necesidad de recuperar el amor por la patria, por la historia y por la libertad, en camino a la formación de nuevos ciudadanos que sueñen con la paz y con la construcción de una mejor y más justa sociedad.

Fueron aquellos privilegiados pequeñuelos, destinatarios iniciales de la obra, NICOLÁS, nacido en Estados Unidos, en el hogar formado por los colombianos Miguel Santiago Restrepo y Blanca Lucía Ortiz; y DAVID, de cuna colombiana pero residenciado en el país del Norte, hijo de Roque Correa y Cristina Restrepo. A ellos, los autores les definen el concepto de patria: "además del lugar donde se nace, hay una patria que es la de la sangre, la de la familia", y pasan a explicarles, entonces, que su patria común es Colombia, porque es la tierra de "los papás, los abuelitos, los tíos, todos colombianos".

Nada más acertado. *Patria* es vocablo latino derivado del adjetivo *patrius*, de "lo relativo al padre". Patria es el lugar que nos une por la sangre con nuestros antepasados. Patria es el sentimiento de amor y de grandeza que se hunde en nuestras raíces, sobre la cual la pluma de Miguel Antonio Caro cantó en su soneto de igual nombre: "Te adoro en mi silencio mudo / y temo profanar tu nombre santo". Patria es el derecho fundamental consagrado en muchas constituciones —entre ellas, la nuestra— a estar ligado a una nacionalidad de la que derivan otra serie de derechos imprescriptibles y el fundamento de

esa nacionalidad, también en términos constitucionales, es "la cultura en sus diversas manifestaciones".

De ahí nace el sentir de Juancho y Soco —así firmaron los autores su dedicatoria filial a Nicolás y David—. Como curtidos historiadores quisieron enseñarles la historia de la patria, de sus héroes, de sus gestas, de esta nación grande, amalgamada entre dolores y alegrías, para que lejos de nuestras fronteras no olviden sus raíces ni denigren de ella; para que lleven con orgullo su sangre colombiana y, en sus hechos, ante una sociedad extranjera, dejen en alto el nombre de nuestros conciudadanos por su civismo, ética y capacidades.

Dije atrás que *Cuentos de la Patria* era una obra inspirada en niños y para niños. Y ello, huelga decir, no es aplicable solo en cuanto a los destinatarios, sino también en cuanto a sus protagonistas, los héroes de la patria. Para ilustrarlo, traeré a colación un párrafo del prólogo que, en suerte, tuve el honor de escribir por la gran deferencia de estos dos académicos amigos:

Ellos nos cuentan los *Cuentos de la Patria* en un lenguaje llano, sencillamente explicativo, sacrificando todas las pretensiones literarias para no degollar su objetivo: que sus sobrinos, y en ellos todos los niños de su familia y de Colombia, encuentren lecciones de Historia comprensibles, amenas, cercanas, directas. Por eso los héroes no andan aquí vestidos siempre con casacas de galones y charreteras ni encumbrados en altos pedestales. ¡No! Ellos vienen con pantalones cortos, son desobedientes, se hacen regañar de la mamá, pelean con sus amigos, montan en caballitos de palo, saltan persiguiendo grillos, se bañan en las aguas de los ríos, corren por entre los establos y las pesebreras; unos viven en casas con salones amplios, largos zaguanes y patios de piedra; otros, en casas de campo donde se madruga con el primer canto del gallo a cortar leña, a prender el fogón o a ordeñar las vacas, y otros, como Ricaurte, nos recuerdan los niños de la calle, los desposeídos, aquellos que carecen de juguetes y hasta de un mendrugo de pan para llevar a la boca cuando despunta el alba. Aquí los héroes no son figuras de bronce o mármol, son de carne y hueso, pero sobre todo, niños, como lo fuimos nosotros, como lo son Nicolás y David, los destinatarios, como son todos los que viven esta etapa de la vida en nuestro querido país. Así, con una ambientación adecuada a lo que fueron otros tiempos, los niños de hoy conocerán, con los *Cuentos de la Patria* no solo los héroes y sus gestas, sino cuánto han cambiado las costumbres y las condiciones de vida.

Cuentos de la Patria como creación y recreación sirve para entender el presente y para avizorar el futuro de nuestra sociedad a través del pasado, de sus hombres, de sus hechos y de sus costumbres. La historia no es una mirada romántica ni sentimental, ni la justificación para atesorar archivos ni cosas viejas. Es la proyección de un ejercicio intelectual que nos permite entender

un antes y un después, una razón de las cosas, el porqué del estado actual de una nación y esto es tan importante y tan científico como cualquier otra necesidad de conocimiento o de pensamiento en las denominadas ciencias duras. Creo firmemente que los niños, al leer esta obra, despertarán su interés por la investigación.

En el artículo "Para qué la historia", publicado en 1998 en el número 1 de la *Revista Estudios Sociales*, de la Universidad de Los Andes, Jaime Jaramillo Uribe, quien fuera miembro honorario de esta Academia, planteó que estudiar la historia de la independencia nacional nos lleva a la hipótesis de respondernos si quienes tuvieron la responsabilidad de dirigir el nuevo país y enfrentar las problemáticas de entonces lo hicieron bien, qué cambios lograron, qué deudas pendientes dejaron, cuáles retos asumieron sus sucesores, cuáles nos corresponde a nosotros y cuáles a ellos como nuevas generaciones.

Afirma Jaramillo Uribe:

El conocimiento histórico como todo conocimiento debe servirnos para comprender el mundo en que vivimos y para resolver problemas y, por qué no decirlo, para pensar y vivir mejor. Esta, por lo demás, parece ser la justificación de todo aprendizaje, de todo proceso educativo y de todo conocimiento. Ahora bien, si la misión del historiador es reconstruir y explicar el pasado de un pueblo o de una nación, de sus instituciones políticas, de su cultura, de su economía, de sus conflictos y procesos sociales, en una palabra, reconstruir las soluciones que a sus grandes retos dieron las generaciones pasadas, de tal reconstrucción pueden las generaciones posteriores obtener sus lecciones si hacen la lectura del pasado con cierta actitud mental y cierto espíritu crítico. Sin olvidar que cada generación, cada época, tiene sus problemas específicos y los resuelve de acuerdo con los medios, los métodos y la mentalidad de su tiempo.

Para terminar, debo decir a Socorro Inés y, desde su presencia espiritual, a Juan Guillermo: ustedes escribieron, en un momento crucial de la realidad colombiana, lecciones fundamentales para iniciar en la niñez y en la juventud la comprensión de las épocas que ya se vivieron y las que están por venir. Ustedes cumplieron a cabalidad las premisas de aquel mandato extraordinario legado por Benjamín Franklin cuando expresó: "Si no quieres perderte en el olvido tan pronto como estés muerto y corrompido, o bien escribe cosas dignas de leerse, o bien haz siempre cosas dignas de escribirse". A fe que ustedes lo lograron. A ustedes, eterna gratitud y felicitaciones.

Muchas gracias.